

**S**E habla de casi medio millón de prostitutas en España. La cifra es escalofriante, pero es tomada y aceptada como un dato más, como una estadística mejor o peor hecha. El tratamiento de este tema merece atención, únicamente, según parece, cuando ha ocurrido algo, cuando el asunto es noticia. La última vez tuvo que ser la oscura muerte de una prostituta en la cárcel de Martutueña la que aireara un poco la situación de esas mujeres. Armaron un poco de jaleo, nadie les hizo caso, y al poco tiempo, en seguida, volvieron las aguas a su cauce: las putas, a su oficio; los chulos, a pasarles la factura; las leyes, inamovidas-inamovibles; la sociedad, a respirar tranquila..., todo en su sitio de siempre, como Dios manda, y a esperar la siguiente noticia.

### ¿Marginación?

No sé si el calificativo de "marginación" es el más adecuado para aplicarlo a este tipo de situaciones. Quizá el término sea engañoso y cómodamente aceptable: su propia ambigüedad permitiría siempre aducir la voluntariedad de esa marginación, o bien que es la propia realidad de estos grupos la que los margina, la que los hace diferentes, y mientras no se adapten a nuestras normas, no podrán ser aceptados; ¡allá ellos si han elegido ese destino!

Ahora bien, hay algo que no por evidente debe obviarse: no existe marginación absoluta, en sí misma, como algo abstracto; la segregación está siempre en función de otra cosa, se está aparte o separado de algo, de alguien: los gitanos se definen como grupo que se autoafirma frente a otra cultura que les es ajena y hostil; los homosexuales son simplemente unos "desviados" que se han alejado de lo que el resto define como "normal", en cuanto a sexualidad se refiere; los negros son la cara fea, explotada, de la sociedad de los blancos. Las putas no son más que el reverso de la medalla de nuestra "limpia y honesta" conducta, el norte hacia donde se pueden orientar nuestras iras, el cuerpo sobre el que depositamos proyectivamente nuestros secretos sentimientos de culpa, convirtiéndolas así en un chivo expiatorio más de las lacras que nuestra sociedad no está dispuesta a asumir. Las putas son la representación física, objetiva, de la mujerzuela que todos(as) llevamos dentro. Y, encima, nos permitimos tener sentimientos con respecto a ellas: nos dan hasta pena, pobrecillas, y una sensación de paternalismo recorre nuestros cuerpos. Mejor haríamos si nos guardáramos nuestra compasión y buenos deseos, que bien poco importan a nuestras estrellas de hoy (en efecto, esto recuerda a un "show", donde "invitamos" a quien queremos y cuando queremos).

Lo que como mínimo debiéramos tener claro es que, si no existiéramos nosotros, los "bien pensantes", los "limpios", no habría

# LAS PROSTITUTAS: HIPOCRESIA DE UNA MARGINACION

Ya la hemos fabricado —es la sociedad la que las crea—, la colocamos en un bar o en una esquina y, ¡lista para trabajar!

prostitución. Si no hubiera represión sexual —si hubiera educación sexual—, si no hubiera idealizaciones y mixtificaciones acerca de la madre y la esposa —si hubiera un acercamiento, un compañerismo entre los sexos—, si no rigieran la moral y el orden dominante del que todos participamos, no habría prostitución.

### La prostituta

Del otro lado, tenemos a las víctimas, las protagonistas de esta situación: las prostitutas. Es la sociedad la que las crea. Si a una infancia de pobreza y miseria, con unos padres ignorantes, alcohólicos o explotadores le añadimos una cierta cantidad de emigración del campo a las grandes ciudades y, si queremos, lo rociamos todo con un embarazo a temprana edad por un novio escurridizo, obtendremos una mezcla que, seguramente, nos dará el resultado apetecido, especialmente si tenemos en cuenta la discriminación que sufre la mujer en general y, más en concreto, la madre soltera, rechazada, tanto en su ambiente familiar como socialmente, en su trabajo, etcétera. Con todo, las variantes que podemos introducir son múltiples: un señorito ligón que se "tira" a la criada, un novio que no ha hecho más que abonar el terreno hasta que la chica queda atrapada —con frecuencia por medio del embarazo—, la vergüenza de volver al pueblo, los agradables estímulos del consumo, consumo que de otro modo sería inalcanzable... y un sinnúmero de posibilidades en cada caso que dejamos a la imaginación e iniciativa de cada cual. La mezcla de varios de

estos ingredientes nos dará un producto: la prostituta.

Bien, ya la hemos fabricado, ya la tenemos; la colocamos en un bar o en una esquina y, ¡hale!, lista para trabajar, a la espera del cliente.

### El cliente

Es realmente una figura puente entre dos mundos: se encuentra a caballo entre su entorno de siempre, el de la infancia y los padres, el del trabajo y los amigos, el de la novia o la esposa y los hijos, entre todo lo que esto representa, y ese otro mundo-submundo, el de las noches y las luces semiturbias, el whisky y el deseo, del dinero abundante o el regateo vil. Vive en una sociedad determinada y es con ella con quien se identifica, aceptando plenamente sus valores. Lo que esa escala de valores no logra satisfacerle es buscado ansiosamente en las calles o en los burdeles. Es su misma sociedad la que le impulsa a esto, y él está conforme con ello. Allí encontrará lo que en el otro lado —porque nosotros estamos en ese otro lado, en la orilla opuesta, y aunque mutuamente nos demos visiblemente las espaldas, nos miramos con disimulo de reojo, con las garras bien afiladas dispuestas a intervenir—, lo que en el otro lado, repito, no obtuvo: el soltero buscará compañía, el casado con problemas podrá desahogarse a gusto, y no sólo físicamente. Los enfermos mentales —los no encerrados, claro está—, así como los disminuidos físicos y los llamados desviados (masoquistas, sádi-

cos, visualistas...), acudirán a la prostituta como único medio de poder liberar sus energías sexuales.

El hombre que se va de putas acude a ellas muy seguro de sí mismo, porque tiene el arma más poderosa para ello: el dinero, el ábrate sésamo de nuestros días. El cliente va a comprar algo —los servicios de una mujer— que sabe con seguridad que va a obtener, desde el momento en que la oferta está siempre disponible. Si, por lo demás, el hombre tiene conciencia de su "superioridad" sobre la mujer, ante la prostituta este sentimiento se agiganta.

### El chulo

Otra figura que se encuentra aún más cerca de la prostituta es la del chulo o macarra. Su misión fundamental es la de protector, a cambio de unos cuantiosos beneficios. Pero, ¿de qué o contra quién protege el chulo? ¿Cómo surge esta figura indisolublemente ligada en muchas ocasiones a la misma existencia de la prostituta? Para entender esto hay que partir de una realidad: la soledad y el desamparo de estas mujeres. Menor en sus inicios, con un hijo en brazos, un hogar que no la acepta y una necesidad agobiante de salir adelante, la puta se encuentra sola sin nadie que le eche una mano y en medio de un ambiente que no es precisamente grato ni acogedor. De pronto aparece el príncipe azul, el que la invita, la saca a cenar y a bailar, el que la hace regalos, el que le da un beso, le ofrece cariño, le cuela

palabras de amor... Ya está: la unión se ha consumado. Pero pronto surge el desnivel: ella depende de él, le necesita y la simple perspectiva del abismo de la soledad que tan bien conoce le horroriza. De aquí en adelante el proceso es conocido: él empieza a pedirle dinero, ofreciéndole, a cambio, compañía —quizá lo más fundamental— y defensa frente a los peligros —hipotéticos o no— que acechan a una prostituta. Para la prostituta, esta es la forma de tener un hombre a su lado, con lo que ello implica de seguridad y protección. De esta manera se reproduce en este nivel la misma situación que predomina en "el otro lado": la mujer, para considerarse perfectamente integrada en la sociedad, ha de estar acompañada —mejor si está casada— por un hombre. Es por medio de este vínculo por lo que adquiere su propia identidad. En la prostituta esta relación se convierte en necesidad, impulsada especialmente por la soledad y la feroz discriminación que sobre ella se cierne.

Poco a poco, el chulo va apretando las tornas, exigiendo un rendimiento mínimo. En cuanto surgen problemas, usa la táctica de la amenaza y el miedo, unido a la contundencia de los malos tratos físicos. Difícilmente puede escapar la chica: el chulo controla todos sus movimientos, no permite que se le escamotee el dinero, limita su tiempo con los clientes. El prestigio del chulo está comprometido, y no dejará nunca que la chica se le vaya con alguien de fuera del ambiente. Si lo logra, irá a por ella y no cesará hasta encontrarla. Una forma típica de castigo es el de producirle un corte en el rostro con una navaja —así quedará marcada para siempre—. Lo que también ocurre, a veces, por increíble que parezca, es que la prostituta es objeto de traspaso por parte del macarra, cuando éste considera que no le proporciona el suficiente rendimiento o ha encontrado otra mejor.

A la postre, el chulo, con suerte, conseguirá poner su propio club o cualquier otro negocio afín. La puta, con el tiempo, mejor ni pensarla. Únicamente una observación: esta relación de dependencia se va modificando en alguna medida con la paulatina toma de conciencia, por parte de las prostitutas, de su pisoteada posición en la sociedad —estoy pensando, concretamente, en algunos países de Europa Occidental—. Con todo, el paso de una situación a otra es muy lento, y todavía son mayoría las que se encuentran controladas por un chulo.

## La prostitución como negocio

El chuleo no sólo es ejercido por el típico macarra; también los clubs, bares y barras americanas

secan su buena tajada del negocio: el porcentaje que se lleva una barra por copa invitada a la chica es, por regla general, de dos tercios (200 pesetas sobre 300, por poner un ejemplo). Por un "servicio especial" sigue rigiendo el mismo tanto por ciento: el cliente paga a la casa antes de irse con la chica de turno; a su regreso, el encargado abonará a ésta el tercio que le corresponde. El negocio es redondo y ambas partes están satisfechas: el establecimiento, por las cómodas y abundantes ganancias; la prostituta, por tener un respaldo que le garantiza que no la van a timar. Así, según me contaba una chica que trabaja en una pequeña barra americana situada en un recóndito lugar de un barrio obrero, los beneficios netos que se embolsan mensualmente los dueños ascienden sin dificultad a cifras de hasta el cuarto de millón de pesetas. ¡No está mal!

Más discreto es el negocio de los "meublés", o casas de citas, que suelen gozar de clientela fija

por ex putas, que han logrado así montar su propio negocio. El precio por niño y mes se puede poner fácilmente entre 12.000 y 15.000 pesetas. Los abortos clandestinos, por otra parte, son otra forma de obtener dinero fácil y abundante de una prostituta —en general, de cualquier mujer que se vea obligada a pasar por ese trance—. Conozco cifras de hasta ochenta mil pesetas —eso sí, "con todas las garantías"—.

## También hay clases

En la prostitución, como en todas partes, también hay categorías: la prostituta de lujo, la del hotel de cinco estrellas, la del secreto "meublé" o la del congreso de ejecutivos, se encuentra en una situación privilegiada: su tiempo no se mide por minutos y horas, y el ejercicio de la profesión viene rodeado de un ambiente grato e incluso galante: cena, "bofetón" y noche completa en el apartamento u hotel de turno. Es una pros-



He aquí la otra orilla, ese otro mundo-submundo, el de las noches y las luces semiturbias, del whiskey y el deseo, del dinero abundante o el regateo vil.

y distinguida (recuérdese el escándalo de las "call-girl" en Barcelona, hace unos años. Se echó rápidamente tierra sobre el asunto, porque salpicaba a demasiada gente y demasiado alto).

En un plano distinto, pero no por ello menos descarado, situaremos el abuso a que se ven sometidas las prostitutas a cuenta de sus hijos: ya hemos dicho que muchas de las prostitutas inician su carrera con un hijo —o embarazadas—. La que no lo tiene todavía no tardará en hacerlo: el hijo —los hijos— son el principal sostén afectivo de una puta: por ellos vive, a ellos dedica todo su cariño. Pero, como es obvio que ellas no los pueden cuidar, y sólo en contados casos la familia se ocupa de ellos, existe toda una red de señoras o guarderías, dirigidas normalmente

titución de élite, destinada a los círculos reducidos que pueden permitirse tales dispendios.

En el otro extremo se sitúa la prostitución callejera, protagonizada por mujeres de avanzada edad, que ya no son admitidas en ningún local por no resultar rentables. Son la hez de la profesión, las que no han tenido suerte o no han sabido buscarse otra colocación para cuando los años y sus miserias se echan encima. Las más espabiladas continuarán trabajando de diversas formas: regentando un bar o una "pensión", o cuidando hijos de. También las encontraremos como camareras, en la guardarropa de una discoteca o en los lavabos de los cines. Como contrapartida, la puta joven vive al día, gastándose, por lo general, hasta el último céntimo de

lo que gana —cuando no va a parar directamente a los bolsillos del chulo—. La vejez parece lejána y hay que compensar con crecer las privaciones anteriores.

## La tolerancia, controlada

No voy a entrar en lo que sería la situación legal de las prostitutas, porque es de sobra conocida. Me interesa hacer resaltar únicamente lo que permite su existencia es el régimen de tolerancia por parte de la autoridad competente, tolerancia cuidadosamente controlada y administrada en función de los intereses particulares o coyunturales de quienes tienen en sus manos la capacidad de aplicar las leyes. ¿A qué vienen, si no, las esporádicas redadas que sufren los barrios chinos, que sólo sirven para ensombrecer aún más las vidas de estas mujeres? ¿No habrá alguna relación entre los "perseguidores" y los beneficiarios de la prostitución? Porque, ¿quién controla a los chulos y a los dueños de los locales? ¿Quién se preocupa por saber si las putas están aseguradas por los establecimientos que las emplean? ¿Quién...?

Por último, habría que preguntarse si es posible que alguna vez cambie esta situación. La desaparición de la prostitución es algo irreal, hoy por hoy, mientras no se transforme radicalmente el tipo de sociedad en que vivimos, sociedad que, además, crea las condiciones favorables que impulsan a la mujer a prostituirse.

Lo único a lo que en la actualidad podemos aspirar es a una mejora en la situación de las prostitutas: la derogación de la Ley de Peligrosidad Social, Seguridad Social, control de los chulos y clubs, etcétera, serían unos pasos mínimos necesarios para lograr, aunque sólo fuera eso, una situación en la que no rija únicamente la arbitrariedad de unos cuantos. Sin embargo, ¿quién va a luchar por estas —y otras muchas— reivindicaciones? ¿Acaso la sociedad está dispuesta a reconocer, a integrar a las putas como una parte de sí misma? No existe, ni por asomo, nada parecido a la COPEL entre estas mujeres; el individualismo y la competencia privan sobre la solidaridad y la organización. La puta siente que ha bregado mucho para salir adelante, y es consciente de que nadie la ha ayudado, antes al contrario. En consecuencia, lucha sola y únicamente para sí misma. Las pocas veces que sus voces se han escuchado fuera de sus recintos habituales ha sido por motivos muy concretos y locales, constituyendo, más bien, un movimiento espontáneo que una actuación organizada. ¿Lograrán algún día agruparse y alcanzar el reconocimiento de su existencia, como pedían las prostitutas francesas? ¿Se dignará alguien escucharlas, o sus protestas caerán en el vacío de un eco inexistente?